

*Se completa la toma de posesión en Africa.*

Un examen profundizado de los acontecimientos verificados en Africa durante los últimos sesenta años, y de las causas que los han determinado, comprendería la crítica histórica de los acontecimientos de Europa desde los comienzos del siglo hasta hoy. Todo lo que en Africa ha sucedido y sucede no es, en efecto, más que una consecuencia de cuanto ha acontecido y acontece en Europa. Los gérmenes que han provocado el radical e incitado fenómeno de emancipación del continente africano, han sido transportados desde el exterior; no han nacido en el interior. Si (según la imagen evocada por ciertos estadistas y estudiosos) Africa se ha incendiado, se ha tratado de un fuego provocado y atizado desde fuera; no de un incendio estallado en cualquier punto del continente y propagado después a todo el resto. Incendio fraudulento, no fenómeno de autocombustión.

«El ordenamiento dado al mundo por Europa—escribía Herbert Lüthy—se ha derrumbado en su mismo centro: en Europa... Dos guerras europeas, llegadas a una total técnica destructiva, han aniquilado las bases materiales políticas y morales del prestigio de que Europa gozaba en el mundo»<sup>1</sup>. Constreñido a replegarse sobre sí mismo, el viejo continente ha debido iniciar también un replegamiento, a veces ordenado y a veces caótico, de sus posiciones de Ultramar. En la vuelta de medio siglo—dicen los colonialistas—Europa ha alcanzado el máximo de su expansión y ha creado los antecedentes para reducir al mínimo la expansión misma; ha construido y se ha autodestruido.

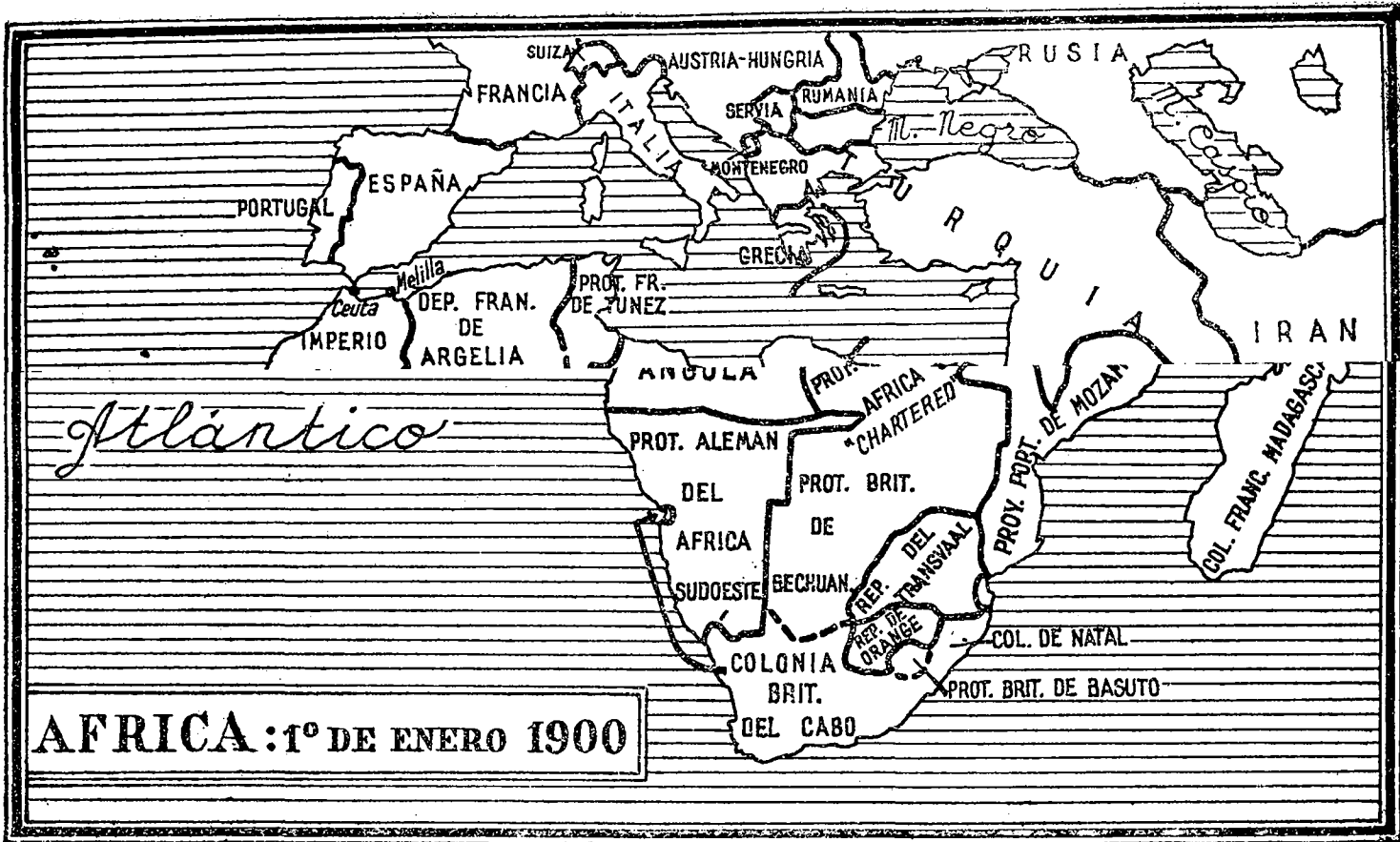
Naturalmente, estos juicios son demasiado sumarios para ser completos

---

<sup>1</sup> Lüthy, Herbert: *Fin des empires de l'Europe*, en «Preuves», núm. 81. París, 1957.

y serenos. Se trata, en efecto, de materia delicada, compleja, y todavía en estado flúido e incandescente. Muchos aspectos no están ahora del todo claros; muchas actitudes son intuibles, pero no juzgables; se puede tomar acta de hechos nuevos, pero no se puede decir si estos hechos estarán destinados a consolidarse o a disolverse. Quienes prevén la independendencia de los cuatro quintos del continente africano para el 1965, no hacen ninguna predicción original. La originalidad consistiría, sin embargo, en prever cuál será en el próximo decenio el curso de este Africa independiente; sea respecto a las relaciones en el interior del continente o sea en las relaciones extrac Continentales. La independendencia no resolverá, de hecho, los problemas de Africa, pero los complicará. Una vez satisfechos los impulsos nacionalistas allí habrá mucha materia de disputa entre los hombres políticos africanos. Allí habrá en el plano económico y social enormes necesidades para satisfacer; hechas aún más complicadas por la retirada de la asistencia directa de las naciones administrativas europeas. Esto demostrará una vez más que la libertad es el más ansiado de los bienes, pero también el más oneroso de los premios.

Al iniciarse el siglo xx, la conquista de Africa, aún no había sido completada. La Conferencia de Berlín del 1885, precisando en los siete capítulos de la Convención o Acta General (estipulada por las doce potencias europeas, los Estados Unidos y Turquía), las reglas relativas a la tutela de las poblaciones indígenas, la trata de esclavos, la neutralización del Congo, la libertad de navegación sobre el Congo y el Níger, y la adquisición de nuevos territorios, no hacía de hecho más que dar estado jurídico y legalizar las ulteriores conquistas en Africa. Preocupada por la busca y el mantenimiento incluso sobre aquel continente, del equilibrio fatigosamente realizado sobre el continente europeo, las mayores potencias se lanzaban en una carrera de expansión colonial sin precedentes. En el curso de pocos años, Francia, Inglaterra, Alemania y, en tono menor, Italia (Bélgica estaba ya implantada en el Congo, y Portugal y España se habían establecido en épocas más remotas en varios puntos de Africa), procuraron acaparar zonas de influencia en el Este y el Oeste, al Sur y al Norte del Continente; recurriendo de nuevo al viejo medio—que parecía ya superado—de las compañías coloniales. Nos encontramos frente a aquello que los ingleses definirían como el «scramble for Africa», y que señalaría la verdadera penetración militar, administrativa, religiosa, conducida por hombres valerosos, por viajeros y comerciantes sin prejuicios, por estudiosos y misioneros de noble levadura.



**AFRICA : 1º DE ENERO 1900**

Los que juzgan implacablemente el colonialismo, ven en esta acción la iniciación de la llamada fase del imperialismo. La primera fase se habría identificado con el saqueo sin discriminación de materias primas y material humano, motivado por la «acumulación primitiva del capital», esencia y base de la doctrina mercantilista. La segunda fase habría sido: en cambio, ajustada sobre la adaptación a la producción y los recursos de los países sujetos a las necesidades de los capitalistas de la metrópoli, interesados en volver a verter en la colonia los productos industriales que la nueva Era de las máquinas iba creando siempre en mayor cantidad. La tercera fase—aquella del imperialismo—vería a los territorios dependientes transformarse en esferas de exportación del capital; y a los capitalistas en dueños de todos los instrumentos de mando de la economía<sup>2</sup>. Tal adaptación crítica aparece demasiado inspirada en los principios de la economía marxista-leninista, y en la adaptación staliniana de las «cuestiones nacionales y coloniales», para aparecer aceptable sin graves reservas. La conquista de Africa es motivada también por estas exigencias, que son después las exigencias de los tiempos, pero no son las solas y únicas importantes. Sería ridículo, por ejemplo, aplicar tales principios y tales críticas a la expansión colonial italiana.

La toma de posesión de Africa no se agota, de tal modo, en el siglo XIX. La colonización europea todavía no ha tenido en aquella fecha un impulso sobre las altiplanicies de Kenya y Rhodesia; los alemanes no han completado aún la sumisión de sus territorios; Inglaterra no ha desarraigado aún la resistencia *boer* o la belicosa resistencia *ashanti*; Francia apenas ha vencido a Samory en la alta Guinea y a Rabáh en el Chari. Muchas zonas del continente deben ser todavía efectivamente reconocidas e incorporadas. El tratado franco-español vendrá solamente en noviembre de 1912 a poner bajo el protectorado de Francia y España el Imperio Cherifiano de Marruecos; y la guerra italo-turca pondrá solamente en 1911 y 1912 a Libia bajo la soberanía de Italia. Etiopía será puesta directamente en 1936 bajo la ocupación italiana.

Será esta la última, la más espectacular y discutida de las conquistas coloniales. Por despliegue de fuerzas sobre ambos frentes, por los medios ofensivos modernos y por los planes estratégicos que aplicó el ejército italiano; por las repercusiones de carácter internacional, por los criterios político-administrativos y por los acondicionamientos y el dinámico desa-

<sup>2</sup> Arnault, Jacques: *Procès du colonialisme*. Editions Sociales. París, 1958.

zrollo dados al país, el breve episodio del sujetamiento de Etiopía por parte de Italia, queda como una singular etapa en la historia del colonialismo. Sin entrar sobre esto en valorizaciones de orden político y jurídico, se puede observar desde un punto de vista de simple valorización histórica, que con la conquista de Etiopía el colonialismo alcanzó su cenit, y se encaminó—bajo el inminente diluvio del segundo conflicto mundial—a un rápido, casi imprevisto, proceso de desgarramiento y decadencia.

Al mismo tiempo que en 1939 la línea Maginot se revelaba como impotente frente a la estrategia de envolvimiento y a la fuerza de empuje de los alemanes, Europa iniciaba automáticamente el proceso de volver a medirse a sí misma y a sus imperios de Ultramar. Asia estaba ya en crisis, pero Africa estaba aún enteramente y resignadamente bajo la soberanía de las naciones europeas. Sólo tres países de aquel inmenso continente podían considerarse formalmente independientes, sin serlo del todo en el plano práctico. Liberia era sostenida (bajo pena de quiebra) por la ayuda financiera de los Estados Unidos, que ejercitaban, por tanto, un control de garantía sobre el territorio. En el país, los derechos civiles y políticos eran después privilegio para sólo los descendientes directos del núcleo de negros americanos que poco más de un siglo antes habían tocado en aquellas costas en busca de una «homeland» africana. Todo el resto de la población autóctona era considerado y tratado como «raza inferior», y sufría una especie de yugo extranjero; aunque en este caso el color de la piel parecía confundir a súbditos y amos. El sistema de gobierno de Liberia era, en resumen, considerado todo lo más como una especie de colonialismo (indudablemente menos eliminado y proveedor que el europeo), que en vez de ser ejercitado por los blancos sobre los negros, era ejercitado por los negros evolucionados de América sobre negros no civilizados de Africa<sup>3</sup>.

En cuanto a Sudáfrica, no podían subsistir dudas acerca de su existencia como entidad estatal. Se trataba todavía de un Estado, aún estrechamente ligado a la Commonwealth, pero de una influencia política aún más evidente. También en este país se había ido estableciendo con el advenimiento al Poder del general Hertzog en 1924 una legislación antiafricana que habría formado la base de la tan discutida y dramática política

<sup>3</sup> Filesi, Teobaldo: *Comunismo e Nazionalismo in Africa*. Istituto Italiano per l'Africa. Roma, 1958, pág. 68.

racial del *apartheid*. En suma, un Estado independiente en el cual la independencia estaba limitada sólo a la minoría blanca; con exclusión de la grandísima mayoría bantú y los grupos étnicos menores de los «coloureds» y los asiáticos.

La soberanía de Egipto era, en fin, una soberanía regulada por las circunstancias y las exigencias de seguridad del imperio británico, plenamente implantado a lo largo del canal de Suez y en las bases aéreas del interior.

Esta era Africa en la víspera del segundo conflicto mundial. El colonialismo había cumplido su esfuerzo máximo; dentro de poco comenzaría, bajo la presión de fuerzas y concepciones nuevas favorecidas por ingenuidades y errores, su rápido declinar.

### *La política colonial de las potencias europeas.*

Es evidente que cada colonización lleva en sí los gérmenes de su mismo fin, y que mientras esta colonización es más fecunda e iluminada, tanto más su fin es acelerado y anticipado. Las poblaciones sometidas pueden ser también mantenidas en el más bajo nivel de civilización, hasta el punto de ignorar incluso la existencia de las escuelas, las habitaciones con muros sólidos, los libros, el cine, las máquinas, el voto, los derechos del hombre; en tal cuadro—hoy del todo utópico y absurdo—el colonialismo podría perpetuarse hasta el infinito. Pero puesto que semejante hipótesis es inadmisibile se trata de observar en cuál medida tales bienes, tales conexiones y tales servicios son puestos a disposición de las poblaciones nativas. Si esas pueden beneficiarse en medida considerable, su camino hacia la emancipación será rápido y podrá concluirse sobre un plano constructivo y pacífico; sobre una base contractual de eventual asociación futura «inter pares» entre los administradores y los súbditos de ayer.

De tal modo es un hecho que las poblaciones nativas, una vez tomado el conocimiento y adquirida la conciencia de los bienes referidos y los referidos derechos, comienzan a desear poseerlos y acaban por exigir obtenerlos.

Será oportuno recordar aquí que han influido mucho, y en cualquier caso influyen aún, sobre las conciencias, las actitudes y las organizaciones de las élites (aún no es el caso de hablar de masas), las diversas adapta-

ciones y las diversas técnicas de gobierno de las naciones europeas responsables de la administración de los territorios de Ultramar<sup>4</sup>.

Inglaterra, Francia, Bélgica, Portugal (y en el pasado España, Holanda, Alemania e Italia) han seguido y siguen una política de aspectos a veces no semejantes, sino divergentes y en contrastes. Los más recientes acontecimientos han acercado mucho a los dos mayores complejos existentes—Commonwealth y Comunidad—, así como han obrado sobre la más rápida e inesperada de las evoluciones en el Congo belga.

Los cambios verificados desde la iniciación del siglo hasta hoy en Africa han sido en gran parte—aunque no completamente—las consecuencias directas de estas diversas orientaciones.

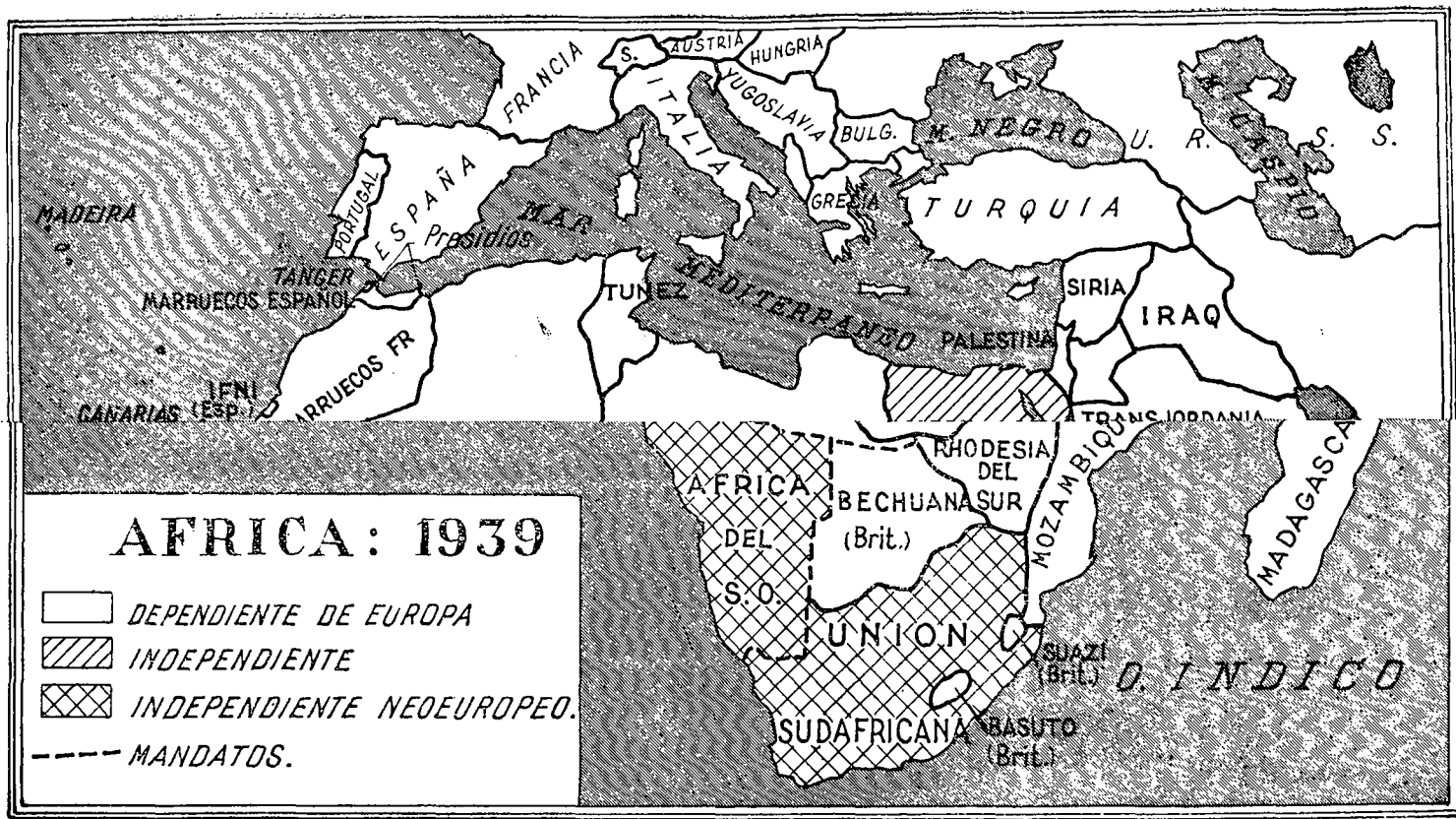
Examinemos brevemente el caso de Gran Bretaña. Aquí todo aparece—a pesar de algunos contrasentidos y algunas situaciones particulares—como la lógica consecuencia y el natural desenvolverse de esquemas evolutivos, que de vez en cuando son adaptados a las circunstancias singulares y los singulares casos. No vinculado a una constitución escrita que implique lazos jurídicos de cualquier género, ni conteniendo órganos comunes centrales, el Commonwealth británico ha podido desenvolverse armoniosamente y elásticamente; inspirado sólo en algunas grandes líneas constitucionales y en una norma común. Esto encontró su origen en el informe Durham de 1839, que creando las nuevas instituciones de «Colonia de la Corona» y «Colonia de gobierno responsable» daba vida, a través de la evolución completa de ellas, a la figura del Dominión, y por tanto al sucesivo nacimiento del Commonwealth de las naciones británicas<sup>5</sup>.

Durante la primera mitad del siglo vigésimo, la aplicación práctica de este sistema se limitará en Africa a sólo Africa del Sur; y esto en armonía con las instancias y con el grado de eficiencia y organización alcanzado por la consistente colectividad blanca allí establecida desde hace siglos. Pero ya en el resto del continente africano eran visibles en el seno de los territorios británicos los primeros signos de una participación de elementos nativos en la vida pública y los asuntos de gobierno.

En las colonias de la Corona, el gobernador, representante del rey, jefe del Consejo Ejecutivo y normalmente presidente del Consejo Legislativo, puede decirse que concentra en sus manos todo el poder y la responsabilidad. De los dos órganos colegiados que le flanquean en la administración,

<sup>4</sup> Match, John: *Everyman's Africa*. Denis Dobson. Londres, 1959.

<sup>5</sup> Wight, M.: *The development of the Legislative Council*. Oxford University Press. Londres, 1957.





el Consejo Ejecutivo es para el gobernador lo que era el Consejo Privado para los soberanos de Tudor; y el Consejo Legislativo, una especie de Asamblea consultiva en la cual los miembros ex officio o pertenecientes a la administración representan en la primera fase de la evolución una segura mayoría, frente a los miembros extraños a la administración y los miembros elegidos. La gradual infiltración de elementos africanos en el seno del Consejo Ejecutivo y el siempre más evidente atenuarse de la mayoría gubernativa en el seno del Consejo Legislativo, hasta transformarse en minoría, indican las varias fases de avance de una Colonia de la Corona hacia el autogobierno<sup>6</sup>.

Esta norma no se aplica de manera uniforme y sincrónica a todas las dependencias británicas (como en general ocurrirá para las dependencias francesas), pero de manera diversa de territorio a territorio, según el grado de evolución de su población y de la situación existente. El ejemplo típico del ciclo completo de una Colonia de la Corona hasta la autonomía y la independencia es primeramente ofrecido por la Costa de Oro. En este territorio el Consejo Legislativo, instituido en 1850, ve el ingreso del primer africano en 1889; sin embargo, los progresos no serán muy rápidos en los decenios sucesivos, y aún después del primer conflicto mundial los miembros pertenecientes a la administración serán mayoría (once) frente a los extraños a la administración (diez).

La Constitución Guggisberg del 1925 llevará al seno del Consejo los primeros miembros electos, pero la mayoría será aún gubernativa (15 consejeros frente a 14 no gubernativos, de los cuales nueve africanos). La Constitución Burns del 1946 dará vida (por primera vez en la historia de la evolución colonial británica en África) a un Consejo Legislativo en el cual los africanos formarán una mayoría, ya no gubernativa, sino elegida, que transformará automáticamente el Consejo en una especie de cuerpo legislativo representativo. La sucesiva Constitución concedida a la Costa de Oro en el 1951, base de las recomendaciones de la Comisión Coussey, establecía el ejercicio del sufragio universal, transformaba el Consejo Legislativo en una verdadera y propia Asamblea electiva de 84 miembros y preveía la sustitución del Consejo Ejecutivo por un Comité Ejecutivo (responsable ante la Asamblea, y ya no más ante el gobernador), cuyos miembros, teniendo título y rango de ministros, no serían elegidos por el mismo go-

<sup>6</sup> Hailey, Lord: *An African Survey.—Revised 1956*. Oxford University Press. Londres, 1957.

bernador entre los altos funcionarios (a excepción de los ministros de Defensa y Exterior, de Justicia y Hacienda), sino elegidos en el seno de la Asamblea, enteramente compuesta por africanos. Esta radical evolución indicaba el fin del «indirect rule» y el paso desde el sistema propio de las colonias de la Corona al de las colonias con Gobierno responsable. Hubo todavía la ulterior reforma constitucional, que en 1954 confiaba en las manos de los hombres responsables africanos todas las responsabilidades del Gobierno, y será la independencia<sup>7</sup>.

La fecha del 6 de marzo de 1957, que señalaba la transformación de la Costa de Oro en Estado independiente de Ghana, en el seno del Commonwealth británico, es indudablemente una de las más importantes, no sólo en la historia de la evolución político-constitucional del Imperio inglés, sino en la historia de la evolución del colonialismo en general. Esta tendrá reflejos considerables en toda África. Se tratará de hecho de la primera posesión típicamente e íntegramente africana, en la cual una potencia colonial, después de haber sustituido la tradicional estructura tribal por una estructura parlamentaria de base democrática, transferirá los poderes soberanos a los hombres de gobierno nativo, borrando todo residuo de dependencia e instaurando una entidad estatal independiente<sup>8</sup>.

Sobre la trayectoria de Ghana, Nigeria, Sierra Leona, Somalilandia, Tanganika y Uganda se han encaminado sucesivamente hacia su destino de Estados africanos independientes. Es ésta una solución no obstaculizada por rémoras ni delicados problemas, al contrario de cuanto se verifica en otros territorios donde hubo en el pasado un fenómeno de colonización blanca, como Kenya y las Rhodesias.

Una breve ojeada a la evolución de los territorios franceses en Africa pone súbitamente en evidencia la diversidad de los principios que han informado y dirigido la política colonial de Francia. La revolución del 1789 llevó también como donativo a los súbditos de Ultramar el mensaje de la libertad, la igualdad y la fraternidad; mensaje que la Restauración retirará. La nueva revolución de 1848 buscará reconfirmarlo, abriendo las puertas de la Asamblea Nacional a los primeros diputados de color. El decidido volver a emprender la política de expansión comenzada con la con-

<sup>7</sup> Padmore, George: *The Gold Coast Revolution*. Dennis Dobson Ltd. Londres, 1953. *The Gold Coast in transition*. Princeton, Apter E. D., 1955.

<sup>8</sup> Filesi, Teobaldo: *Nuovi Stati Africani: Ghana*. En «L'Universo». Istituto Geografico Militare, núm. 2, marzo-abril, y núm. 3, mayo-junio, 1957.

quista de Tunicia tratará de reconducirlo dentro de límites de sabor más estrechamente colonialistas. No se puede volver a encontrar casi hasta la víspera del segundo conflicto mundial una dirección unitaria en la política colonial francesa; el mismo criterio de la asimilación que puede considerarse como una especie de denominador común no es, sin embargo, un criterio sin excepciones. La vocación propia del pueblo francés y de su clase dirigente de inculcar en las poblaciones dependientes los valores de la civilización y los tesoros de la cultura de la «madre patria», no encuentra medio de explicarse plenamente allí donde París se encuentra frente a antiguas civilizaciones, como es el caso de países asiáticos o del Africa septentrional.

Aquello que ciertos estudiosos y administradores franceses definen como el «período de la gran evolución», y que gustan de comprender entre el 1920 y nuestros días, no nos encuentra de acuerdo en las definiciones y las fechas. En realidad, sólo en estos últimos años ha actuado una gran evolución en la política colonial francesa; en los últimos cinco o más derechamente en los últimos dos. Después del primer conflicto mundial sólo 20 diputados entre 600 y siete senadores entre 300, representarán de hecho las viejas colonias en el seno del Parlamento metropolitano (las otras colonias no tendrán más que delegados en el Consejo Superior de las Colonias; y los parlamentarios de color constituirán en medio de ellos «pintorescas excepciones») <sup>9</sup>.

De los territorios coloniales no ocupados partirá después, durante el segundo conflicto mundial, la llamada encaminada a liberar la «madre patria» oprimida; circunstancia verdaderamente singular y que tendrá sus reflejos durante y después del conflicto. El «Manifiesto del pueblo argelino» de Ferhat Abbas del 10 de febrero de 1943 habría debido representar la contrapartida solicitada por los musulmanes del norte de Africa francés por la aportación que ellos se aprestaron a dar en la lucha al flanco de la «madre patria». Pero a esta instancia, De Gaulle y Catroux responderán con las limitadas concesiones de la ordenanza del 7 de marzo de 1944; restringido al aumento del número de representantes musulmanes en el seno de las asambleas locales y a la ampliación del colegio electoral musulmán (atribución de la ciudadanía francesa, sin renuncia al propio estatuto personal, para 60.000 argelinos).

La misma conferencia de Brazzaville, aunque aportando elementos nue-

<sup>9</sup> Deschamps, Henri: *L'Union Française*. Berger-Levrault. París, 1952.

vos con intención de encaminar gradualmente a los diversos territorios «desde la descentralización administrativa a la personalidad política», descartará toda idea de autonomía y toda posibilidad de evolución fuera de los rígidos esquemas de la política colonial francesa<sup>10</sup>. La Conferencia reafirmará (aunque sea con cierta ampliación) el principio de la representación de los países de Ultramar en el seno de la futura Asamblea Nacional y el principio de la unidad inseparable del bloque francés; reafirmando, en definitiva, la vocación asimiladora del pasado.

La Constitución del 27 de octubre de 1946—precedida de la Ley del 7 de mayo de 1946, que acordaba la ciudadanía francesa a todos los indígenas de las ex colonias, no conseguirá—en la concepción de la Unión Francesa—superar del todo las viejas orientaciones, y acabará por resultar un evidente compromiso entre el tradicional sistema de la asimilación y las más actuales direcciones de la asociación. Constreñida por el curso de los acontecimientos y el madurar de las situaciones nuevas a una revisión radical de su política de Ultramar, Francia tratará con la «Loi Cadre» del 23 de junio de 1956 de realizar una primera atrevida reforma que llevará: a la institución del sufragio universal (con la consiguiente institución del sistema del colegio único); a transferir la función ejecutiva desde las manos de los gobernadores a las de un Consejo de Gobierno elegido por la Asamblea local, y a una extensión de los poderes deliberantes de la misma Asamblea. En este punto se puede decir que la evolución de los territorios de la Unión Francesa se aproxima a la de los territorios británicos, que habiendo conseguido el «status» de «Colonia con Gobierno responsable», se encaminan decididamente hacia el autogobierno.

Las aspiraciones del mundo colonial hacen, sin embargo, aparecer la «Loi Cadre» superada, aún antes de que haya salido de la fase experimental; y la Constitución de la V República—elaborada en 1958—señalará la verdadera renovación de las instituciones y orientaciones políticas francesas. Esta renovación se apoyará sobre todo en dos principios: el de dejar a los territorios de Ultramar el objetivo de escoger libremente el propio destino en el seno o fuera de la Comunidad francesa, y el de dar por consecuencia a cada uno de estos territorios la posibilidad de insertarse en un cuadro más vasto de organización, aunque manteniendo intacta la propia autonomía. El referéndum del 28 de septiembre orientará el esco-

<sup>10</sup> Luchaire, François: *Manuel de Droit d'outre-mer*. Recueil Sirey. París, 1949, y *Supplément au Manuel*, 1951.

ger de todos hacia la Comunidad; a excepción de Guinea, que el 2 de octubre proclamará su independencia.

También esta fórmula debía bien pronto revelarse como no del todo idónea para hacer frente a los anhelos de los Estados de la Comunidad, los cuales comienzan con la Federación del Malí y con Madagascar a orientarse hacia el objetivo de la plena independencia en un cuadro de asociación con Francia. Estas aspiraciones, escuchadas por el Presidente De Gaulle, han conducido a una revisión constitucional referente al nuevo concepto de «*indépendance coventionnelle de la Communauté*». Es ésta una innovación que en la práctica ha hecho de la Comunidad una organización no del todo semejante, pero por muchos aspectos parangonable a aquella del Commonwealth británico, en la cual cada Estado miembro es un Estado soberano e independiente que libremente escoge permanecer en la organización en la cual se ha formado, y a la cual se siente ligado por vínculos materiales, culturales y morales<sup>11</sup>.

Hasta hace pocos años podían dirigirse muchas críticas sea a la política colonial inglesa o a la francesa, por la poca correspondencia existente entre enumeraciones teóricas y aplicaciones prácticas. En cuanto concierne a Gran Bretaña, es fácil poner de relieve hoy todavía la gran diferencia existente entre la iluminada (y fácil) liberalidad demostrada por ella en su política de emancipación de los territorios de Africa occidental y las equívocas fórmulas escogidas para hacer frente a los problemas de Africa oriental y la Federación de Africa Central. Allí es la concepción liberal de Bentham la que prevalece; aquí es la concepción antiliberal de Burke sobre el privilegio y el interés la que corta los vuelos a las adaptaciones más equitativas y los puntos de vista más amplios.

A la política colonial francesa se vituperaba, y en cierta parte aún se vitupera, por la poca correspondencia entre los elevados principios universalistas de la civilización francesa (que superando todo restringido horizonte racista o nacionalista atribuye a cada hombre los valores que derivan de su inteligencia y sus acciones), y la actitud a veces paternalista y a veces arrogante que en la práctica tienen los colonos franceses respecto a los africanos. Entre las perspectivas que en teoría ellos dejan entrever a los africanos en varios sectores, y la ocasión o el espacio que efectivamente les dejan usufructo. Entre la igualdad que debería establecerse y la desigualdad que se dispone apenas a disminuir.

<sup>11</sup> Filesi, Teobaldo: *Comunità e Commonwealth*. En «Africa», núm. 2, marzo-abril, 1960.

El discurrir se hace aún más delicado y difícil para Bélgica. En términos filosóficos, la política colonial belga habrá sido gratificada con el apelativo de «platónica», así como la francesa habrá sido definida como «cartesiana» y la inglesa como «empírica». El «platonismo» belga puede entenderse mejor con el apelativo de «paternalismo», un sistema en el cual—como escribía Malengreau—«los trabajadores tienen Compañías que les emplean y alojan, les dan alimento, vestuario, instrucción, asistencia sanitaria y hasta diversiones. Nada es dejado a su iniciativa, con lo cual ellos acaban por sufrir de este benévolo, pero estrecho control que les quita el verdadero sentimiento de la misma libertad»<sup>12</sup>. La adaptación que Bélgica declaraba dar a una Comunidad belga-congolesa contenía en teoría unos principios totalmente inaplicables sobre el terreno práctico. Las divisiones raciales, los derechos civiles y políticos, la libertad de Prensa y de organizaciones sindicales y la participación en las responsabilidades públicas, no eran pensables, porque se retenían como inoportunas, inadecuadas a la sociedad indígena y no deseadas.

La política belga, tan iluminada sobre el plano económico y de las necesidades materiales, ha sido del todo refractaria en el plano político y cultural; ha permanecido parada hasta hace un año, con la convicción de que una experta administración pudiese evitar al Congo—a pesar de los fermentos que agitaban la opuesta ribera del Stanley Pool y todos los territorios franceses a lo largo del confín septentrional—aquella radical evolución política y aquellas contingencias que Francia y Gran Bretaña habían tenido que afrontar.

En la vuelta de un año, Bélgica ha acabado por conceder al Congo aquello que para Gran Bretaña ha sido el resultado de un laborioso y gradual proceso de evolución, y para Francia la consecuencia de una quincena de años de etapas más o menos forzadas. En la práctica, Bélgica—considerada hasta ayer la nación más conservadora, junto a Portugal, en materia de evolución en los territorios de Ultramar—, ha alcanzado hoy toda la primacía en la cesión de sus posesiones coloniales, y el Congo ha sido el más solícito de los países africanos en recorrer el camino desde la dependencia a la plena autonomía. Las resoluciones formuladas en la Mesa Redonda del 20 de febrero de 1960 en Bruselas han fijado junto a la fecha de la independencia los principios relativos a la organización del nuevo Estado;

---

<sup>12</sup> Malengreau, G.: *Some current Problems of native Policy in the Belgian Congo*. 1954 (unpublished).

del Gobierno central; del Jefe del Estado; del Parlamento; de la Constituyente; de los poderes centrales y provinciales y el mecanismo electoral; el ejercicio del poder ejecutivo; las relaciones futuras entre Bélgica y el Congo; los problemas económicos y financieros (a los cuales se ha dedicado más especialmente la segunda Mesa Redonda de Bruselas); el estatuto de los funcionarios y agentes belgas de la administración africana, y el ejercicio de los poderes judiciales.

Pero las reglas y las declaraciones de las intenciones no bastan solas para hacer un Estado, sobre todo cuando, como en el caso del Congo, el país no ha tenido la posibilidad de preparar en los pasados decenios una clase dirigente en las universidades o los institutos superiores metropolitanos, y de dar a esta clase dirigente una experiencia en puestos directivos de responsabilidad. A las dificultades político-administrativas se añadirán para el nuevo Estado dificultades de orden económico. A las unas y a las otras podrán en parte coadyuvar la ulterior asistencia que Bélgica prestará al Congo, y la aportación de la Comunidad Económica europea podrá dar al desarrollo social y económico del país, a través de la financiación de proyectos y la asistencia técnica; pero mucho dependerá de cómo el país sabrá amalgamarse y consolidarse.

Fuera del movimiento de transformación política de fondo nacionalista del continente africano pueden (aparte los territorios y las bases españolas) considerarse las provincias portuguesas de Ultramar. Las causas de este fenómeno, que tanto se diferencia del cuadro general del África de hoy, pueden identificarse (aunque sea en formas muy esquemáticas) en la no participación de Portugal (y España) en los dos conflictos mundiales, cuyos reflejos fueron decisivos para las otras potencias coloniales; en haber permanecido Portugal hasta 1955 fuera de la O. N. U. y, por tanto, no sujeto a los compromisos contraídos ni a las campañas desarrolladas en materia de territorios no autónomos en aquella sede; en la falta de toda actitud de severa crítica por parte de las corrientes progresistas o extremistas en la madre patria, en materia de territorios de Ultramar; en la decidida oposición a toda tentativa de propaganda comunista en las provincias africanas, y, en fin, en la política paternalista no racista y el nivel más bien modesto de instrucción concedido a las poblaciones nativas.

Frente a todas las actitudes y las condenas del anticolonialismo, Portugal no deja transparentar aprensiones o «complejos de culpabilidad». Haciendo referencia a la Constitución, que proclama la unidad del territorio portugués en sus varias partes (metrópoli y provincias de Ultramar),

los teóricos del imperio portugués niegan la existencia de territorios coloniales, e insisten sobre el concepto de existencia de otras tantas provincias pertenecientes a una sola comunidad nacional. «No se trata—ellos dicen—de saber si nos encontramos frente a territorios autónomos o no, en cuanto ellos son ya alguna cosa más; son independientes con la misma independencia de la nación». Evidentemente, los puntos de vista en hechos de independencia africana no son los mismos para Salazar y para Nkrumah, para Werboerd y para Mboya.

La política portuguesa de Ultramar es acaso la más elogiada y la más vituperada. Hay quienes hablan de «sabiduría y cordura lusitana» y de «única forma posible de colonización en Africa, forma en la cual la asimilación no es imposición, sino actuación natural de la igualdad civil y política entre los hombres de todas las razas». Hay quienes, por el contrario, ven en la política portuguesa el oscurantismo del pasado y, por tanto, la negación del presente y el porvenir, la perpetuación del trabajo forzado y del paternalismo más retrógrado, que no asegura ni siquiera aquellos beneficios que, al menos sobre el plano material, Bélgica había asegurado a los congolese.

Entre los detractores y los ensalzadores existe, indudablemente, la posibilidad de juicios intermedios y objetivos, derivados de una experiencia directa o de un examen circunstancial y concienzudo del método y la aplicación de la política portuguesa en Africa<sup>13</sup>. «Actualmente—declaraba hace años el entonces ministro de Ultramar, Marcelo Cactano—estamos en una tercera forma de asimilación, que es un compromiso entre la tradición y el sistema racional. Teniendo por objetivo la asimilación moral y la elevación espiritual del indígena, nosotros buscamos hacer de él un portugués. Le enseñamos nuestra lengua, pero venimos a una transacción con su sociedad para evitarles relaciones desagradables. El resultado es precisamente una asimilación moral, una evolución que se desenvuelve en su cuadro natural, sin destruir las instituciones preexistentes.»

Es difícil decir si—o hasta cuándo—semejante concepción podrá regir a las adaptaciones dinámicas y revolucionarias que siempre van imponiéndose más difusamente sobre el continente africano. Puede darse que el objetivo de Portugal de llevar lentamente a las poblaciones africanas en el ámbito de la comunidad lusitana; de crear aquello que Gilberto Freyre ha definido: «Una civilización luso-tropical», pueda reservar a esta nación

<sup>13</sup> Duffy, James: *Portuguese Africa*. Harvard U. P. Oxford U. P., 1959.



menos sorpresas y amargas que aquellas que ha reservado la política de «asimilación» a Francia o el «paternalismo» a Bélgica.

El porvenir de Portugal en Africa no parece por ahora gravado con pesadas hipotecas que impongan el recurso a fórmulas nuevas y, por tanto, a radicales desviaciones respecto a las orientaciones hasta ahora seguidas. Naturalmente, las fronteras no son impermeables, y las noticias se difunden hoy con medios mucho más rápidos que el lenguaje del «tam-tam». Aquello que acontece en una región o en un país de Africa repercute bien pronto en todos los ángulos del continente, y también aquello que acontece en Europa, en América, en Asia, en Australia, no es ya un misterio para los africanos.

Las palabras nacionalismo y libertad son palabras que desde ahora en adelante destacan, aunque aún sean poco usadas en las provincias portuguesas de Africa. Ya en los congresos panafricanos y en las listas de adherentes al movimiento intelectual de «Présence Africaine» figuran desde hace algunos años organizaciones como el «Movimiento de Liberación de las poblaciones de las colonias portuguesas», y la «Unión de las poblaciones del norte de Angola», y nombres como Mario Pinto de Andrade, Viriato da Cruz, Marcelino Dos Santos, L. Lara, etc.

Los hombres responsables portugueses no juzgan la nueva situación general de Ultramar con optimismo ni tampoco con pesimismo. «Nosotros observamos y seguimos la realidad—declaraba recientemente un administrador portugués—con optimismo acompañado de acción»<sup>14</sup>. El concepto es muy elástico, pero no por esto menos digno de respeto.

Si quisiéramos recurrir a esquemas políticos familiares a nuestra mentalidad y a nuestras posiciones de europeos, podremos distinguir en la evolución y en las orientaciones de Africa de hoy, un Africa de izquierda individual, sobre todo en los países que, como Egipto y Guinea, practican el llamado «neutralismo positivo» y no desdeñan una estrecha colaboración con el bloque soviético; un Africa del centro, identificable aproximadamente con los territorios ingleses y ex ingleses no poblados por «settlers», y con los territorios de lengua francesa (excluida Guinea y comprendido el Congo belga); y un Africa de derecha, comprendiendo las provincias

<sup>14</sup> Sithole, Ndabaningi: *African Nationalism*. Oxford University Press. Cape Town, 1959, pág. 71.

<sup>15</sup> Cabrita, Henrique: *Principi e fondamenti dell'attuale politica portoghese nell'oltramare*. Conferencia dada en el Istituto Italiano per l'Africa, en Roma, el 2 de abril de 1960.

portuguesas, el Africa del Sur y Rhodesia, con una prolongación hasta el altiplano del Kenya. Esta esquematización debe, sin embargo, considerarse tan aproximativa como accidental.

*Nacionalismo, panafricanismo y comunismo.*

Frente a tan precipitado e imponente cambio de todo el sistema político, jurídico, social y económico de un continente, no se puede descuidar la individualización de los factores que puedan haberlo determinado.

Hemos puesto ya de relieve en los comienzos que tales factores son—al menos en los orígenes—de procedencia exterior. El progreso de los africanos ha sido una natural derivación de la obra de colonización emprendida por las naciones europeas. El panafricanismo, el nacionalismo y otros movimientos semejantes han nacido, como veremos, fuera de Africa; el sindicalismo y los partidos políticos son un producto de importación; el comunismo es una proliferación de los partidos comunistas de las respectivas metrópolis o una mercancía más o menos clandestinamente introducida por los agitadores soviéticos.

No nos parece que se deba, corrientemente, aceptar la simple y superficial explicación que atribuiría todo aquello que en Africa se está verificando, a las consecuencias del segundo conflicto mundial. Aunque idóneo, o a veces refractario, el terreno africano había sido ya precedentemente considerado y preparado, incluso desde fuera, y el segundo conflicto mundial ha sido, con la concomitancia de muchos elementos, el agente que ha favorecido el nacimiento y el desarrollo de la semilla echada<sup>16</sup>.

El colonialismo de ayer ha sido en el fondo la base y el incentivo de la independencia de hoy. «Los africanos que piensan que todo habría marchado bien para ellos sin la intervención europea están probablemente en un error; aunque sean excusables. Ellos no valoran suficientemente su necesidad histórica del estímulo revolucionario de culturas diversas y más adelantadas... La aportación de este estímulo revolucionario es acaso la sola justificación moral y material de la conquista colonial, pero es una justificación positiva»<sup>17</sup>.

En realidad, hoy se condena y se absuelve todo con cierto extremismo radical. Al colonialismo le parece que no puede encontrarse una alternativa

<sup>16</sup> Filesi, Teobaldo: *Comunismo e Nazionalismo in Africa*. Ibidem, pág. 23.

<sup>17</sup> Davidson, Basil: *Le Réveil de l'Afrique*. En «Présence Africaine». París, 1957, página 217.

diferente del anticolonialismo; al despertar de hoy se opone invariablemente el letargo de ayer; entre el bien y el mal no se saben encontrar posiciones intermedias. Innegablemente, la mentalidad, los métodos, las preparaciones jurídicas, los conceptos y la mecánica económica, las exigencias de los espíritus y de los cuerpos, han mudado más por un proceso natural que por una voluntad de los hombres previamente ordenada. En esta base histórica, la mutación ha sido tanto más importante en cuanto ha tenido como denominador común a la Humanidad entera.

La idea del respeto de la persona humana—sea cual sea el lugar en que Dios la haya colocado, el pigmento de la piel de que la haya dotado o el ambiente social en que se haya desarrollado—no es un descubrimiento o una afirmación de nuestra generación o de las generaciones que nos han precedido. Ya la Convención de Berlín había codificado los principios morales de la tutela y el respeto de las poblaciones indígenas. Y tres años antes, al presentar al Parlamento que ponía bajo la soberanía de Italia las posesiones del Mar Rojo, el ministro del Exterior, Pasquale Stanislao Mancini, reafirmaba el más absoluto respeto de las creencias religiosas, del estatuto familiar, de las tradiciones y los usos consuetudinarios de las poblaciones nativas<sup>18</sup>. «No dominadores, no tutores, no innovadores, sino amigos y ayudadores (él declaraba) para guiar nuestros nuevos conciudadanos hacia mejoras comprendidas y deseadas. He aquí nuestro programa para Assab; así solamente tendremos éxito en dar vida próspera y vigorosa a nuestra posesión y ponerla en condiciones, cuando sea, de cooperar eficazmente a regirse a sí misma.»

Precisamente cuatro siglos antes, cuando el descubrimiento del nuevo continente llevaba a la gran expansión y la gran competencia entre España y Portugal (momentáneamente regulada en el 1493 por el Pontífice Alejandro VI con la famosa bula «Inter coetera»), surgieron de las discusiones teológicas y canónicas de estudiosos excelsos, como el dominico Francisco de Vitoria y el jesuita Francisco Suárez, no sólo los principios formadores del moderno Derecho internacional, sino además las primeras valerosas e iluminadas afirmaciones, que tendían a reivindicar, basándose en los postulados del derecho natural y la moral, el derecho de los indígenas a conservar el dominio y la propiedad sobre su país. Negando, en consecuencia, a los descubridores y a los conquistadores, el de apoderarse de sus tierras

<sup>18</sup> Giglio, Carlo: *L'Italia in Africa. Etiopia-Mar Rosso. (1857-1885)*. Istituto Poligrafico dello Stato. Roma, 1958, pág. 252.

y privarles de aquellos mismos derechos, con el pretexto de que ellos fueran de civilización inferior y de religión pagana<sup>19</sup>.

Así, pues, la moral es en el colonialismo tan antigua como el colonialismo mismo. No será respetada, pero existe ya en germen. Las mismas semillas de un sentimiento nacionalista se hallan en un pasado no demasiado reciente y—como se ha dicho—más bien fuera que dentro del continente africano; a menos que en un cuadro nacionalista se quieran incluir también aquellos episodios de resistencia armada que en cada período las potencias coloniales han debido afrontar.

Para los hombres políticos africanos la palabra «nacionalismo» ha llegado a ser de uso corriente, aunque su derivación y su aplicación aparecen en Africa de orígenes inciertos y equívocos. Hacia la iniciación del siglo se puede decir que estos conceptos no rozaban aún las mentes de los africanos; exceptuando acaso alguna típica expresión en Costa de Oro. Aún hoy hay expertos autorizados, como lord Hailey, que consideran al término «africanismo» más apropiado que el término «nacionalismo»; sobre todo en consideración del hecho de que la población de gran parte de los países al sur del Sahara es la suma de poblaciones puestas bajo determinado Gobierno no a base de afinidades históricas y étnicas, sino por motivos del todo accidentales, justificados la mayoría de las veces sólo por exigencias de equilibrio de las mayores potencias europeas. Más que un espíritu de nacionalismo es un espíritu de africanismo aquel que hoy caracteriza las aspiraciones de la postguerra en este continente, y que presenta dos etapas o dos fases, una de las cuales es más definida y concreta; la otra, menos clara y constructiva. La primera mira hacia el conseguimiento de un Gobierno de los africanos y para los africanos, que refleje en sus instituciones aquellas características del espíritu de Africa, tal como ellas son entendidas e interpretadas por el africanismo moderno. «Tal concepción—observa lord Hailey—no es tampoco un producto de pura marca indígena, sino que se deriva como norma de los grupos de africanos europeizados, los cuales aplican a las condiciones de Africa aquel ideal de la autodeterminación nacido no en Africa, sino en el mundo occidental<sup>20</sup>.

La segunda fase es una manifestación más bien confusa de irredentismo de sabor polémico, que quiere ser justamente reacción a los largos decenios o a los siglos de secesión y volverse contra aquellas influencias moder-

<sup>19</sup> Bertola, Arnaldo: *Storia e Politica Coloniale e dei Territori non autonomi*. G. Ciappichelli. Turin, 1956, págs. 60 y 69.

<sup>20</sup> Hailey, Lord: *An African Survey-Revised 1956*. Ibidem, pág. 252.

nistas que destruyen las instituciones ancestrales, y contra aquella absorción cultural de la cual las élites se sienten prisioneras.

Los movimientos de emancipación de la raza negra, que adquirieron mayor resonancia a los comienzos del siglo, ejercitando influencias o marcando huellas, que habrían tenido después (con algunos decenios de retraso) repercusiones decisivas en Africa, fueron, indudablemente, el movimiento pannegro de Marcus Garvey, el movimiento panafricano de W. E. Burghart du Bois; ambos en los Estados Unidos de América.

Sobre el continente africano, el único precedente digno de relieve, aunque no clasificable entre las iniciativas del carácter específicamente político, es el de aquella «Aborígenes Rights Protection Society» surgida en 1897 con la intención de tutelar los intereses de los africanos de Costa de Oro, realizando la unidad de intentos entre todos los nativos en un cuadro de colaboración con las autoridades británicas. Esta Asociación, oficialmente reconocida por el Gobierno inglés, tuvo cierto peso en la preparación y el trato de algunos problemas fundamentales; ejerciendo en la víspera y los primeros años del siglo XX una influencia considerable en materia de legislación agraria y forestal (Public Lands Bill del 1897 y Forest Land Bill del 1911). Después del primer conflicto mundial, y por serle retirado el reconocimiento oficial, la asociación se transformó en una especie de movimiento de oposición guiado, entre otros, por un relevante abogado de Cape Coast, W. E. G. Sekiji<sup>21</sup>.

Entre tanto, en 1920 había nacido, por obra de otro apreciado abogado y periodista de Costa de Oro, J. E. Casely Hayford, otra organización: el «West African National Congress», de naturaleza exquisitamente política y de clara derivación panafricana; con el objetivo declarado de la constitución de un frente único que comprendiese en un primer tiempo a todos los africanos de los cuatro territorios británicos en Africa occidental, y después aquellos de toda Africa según la concepción del «Pan African Congress» del doctor Du Bois<sup>22</sup>.

Otro singular precedente podría considerarse aquel movimiento que en 1912 se desarrolló en el seno de la Iglesia Wesleyana en el Africa del Sur,

<sup>21</sup> Hodgkin, Thomas: *Nationalism in Colonial Africa*. Frederick Muller Ltd. Londres, 1958, pág. 140.

<sup>22</sup> Apter, E. D.: *Gold Coast in transition*. Ibidem.

y que con el nombre de «Etiopismo» entendía indicar una especie de nacionalismo africano<sup>23</sup>.

Estos movimientos quedan, sin embargo, como iniciativas episódicas sin resultados consistentes en el tiempo y el espacio. Las dos verdaderas manifestaciones de una naciente coincidencia africana y, por tanto, de un espíritu de solidaridad de toda la raza negra son (como se ha dicho) el Movimiento Pannegro de Marcus Garvey y el Movimiento Panafricano de W. E. B. Du Bois. El primero tuvo vida breve, pero intensa, y pareció—entre 1920 y 1924—reunir en torno a su pintoresco mesías (primero fundador de la Universal Negro Improvement Association y después «Presidente provisional» de Africa) millones de negros galvanizados por la idea de una completa emancipación y resurrección en su «homeland» africano. Esta especie de «sionismo negro» aunque destinado a naufragar en el curso de pocos años, pudo reivindicar el mérito de haber conducido los negros a adquirir una orgullosa coincidencia de sus orígenes, creando por primera vez un sentimiento de solidaridad internacional entre los africanos y las gentes de descendencia africana<sup>24</sup>.

Los orígenes del panafricanismo son, en vez de esto, más remotos, y su acción más duradera y afertunada en el tiempo. Entre los precursores y los inspiradores de este movimiento se coloca a hombres como Booker T. Washington, Henry Sylvester Williams y William Monroe Trotter. Fueron «apóstoles» hoy casi olvidados, junto a otros que entre el fin del siglo XIX y los comienzos del XX trataron de dar vida a una forma de sentida fraternidad entre los africanos; reforzada por los sufrimientos y las humillaciones materiales y morales soportadas por la raza negra en cada parte del mundo.

La verdadera fecha de nacimiento del panafricanismo puede hacerse remontar al 1905; precisamente cuando el doctor Du Bois, volviendo a emprender y dando sustancia a la idea y la acción de Henry Sylvester Williams, dió vida al «Niagara Movement» primero, y a la «National Association for the Advancement of Coloured People» después. De ellas derivó inmediatamente después del primer conflicto mundial el «Pan African Congress» Este logró entre 1919 y 1945 organizar cinco congresos en Europa (París, Londres, Bruselas, Lisboa, Manchester) y en los Estados Unidos (Nueva York). En el de Manchester de 1945 encontramos por primera vez

<sup>23</sup> Decraene, Philippe: *Le Panafricanisme*. Presses Universitaires de France. París, 1959, pág. 35.

<sup>24</sup> Padmore, George: *Pan-Africanism or Communism?* Denis Dobson. Londres, 1956.

los nombres de «leaders» africanos que desde entonces a pocos años tendrían un papel de primer plano en los sucesos políticos de Africa, como Kwame Nkrumah y Jomo Kenyatta<sup>25</sup>.

Peró es solamente en 1957—es decir, después de haber pasado por las Antillas, Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia—, cuando el panafricanismo se afirmará triunfalmente en el golfo de Guinea y tendrá en Accra su primer Congreso en tierra liberada. La independencia de Costa de Oro debía ser, de hecho, conseguida sobre la plantilla programática votada por el Congreso de 1945, y ser una victoria destinada a abrir la serie de las independencias del Africa negra<sup>26</sup>.

Otras corrientes y otros movimientos vendrán, por otra parte, a abarrotar, a animar y complicar, entre el primero y el segundo conflicto mundial y después del fin de este último, el escenario político africano. La proliferación de partidos políticos que tratan de repetir la técnica democrática de los occidentales, esforzándose por adaptarla simultáneamente al ambiente y a la estructura social y política tradicional, se hace siempre más imponente. Movimientos culturales como los del equipo intelectual de lengua francesa de «Présence africaine» se afirman por su nacionalismo dinámico, en el cual el concepto de «négritude», entendida como conjunto de los valores culturales, es el resorte destinado a reafirmar la personalidad política de Africa<sup>27</sup>.

Bandung y El Cairo vendrán después—con el favor de Rusia y de China—a llevar las afirmaciones de libertad, del colonialismo y del imperialismo sobre el más amplio terreno afroasiático, entendido como frente común de los pueblos de color contra Occidente. Una ampliación del frente como ésta no es siempre del todo aceptada, sea por las élites culturales de lengua francesa o por las de lengua inglesa.

El surgir de los partidos políticos en Africa es, sobre todo en aquella parte de dicha Africa que gravita en torno al golfo de Guinea, parte más rica que las otras en fermentos y posibilidades de expresión y emancipación. Este es un fenómeno más bien reciente, pero no recentísimo. Aparte cuanto se ha referido para Costa de Oro, puede recordarse que un «Nigerian National Democratic Party» vió la luz en Lagos por obra de Herbert Macaulay en 1923. Una «sección» senegalesa del partido socialista fué organizada en Dakar el 1930 por Lamine Gueye. Y fuera de este área, una

<sup>25</sup> Padmore, George: *Pan-Africanism or Communism?* Ibidem, pág. 93.

<sup>26</sup> Filesi, Teódoaldó: *Comunismo e Nazionalismo in Africa*. Ibidem, pág. 231.

<sup>27</sup> Decraene, Philippe: *Le Panafricanisme*. Ibidem, págs. 27 a 30.

«White Standard League» fué promovida el 1923 en el Sudán anglo-egipcio por Ali Abdel-Latif<sup>28</sup>.

Estas iniciativas, realizadas en un período en el cual el colonialismo mantenía con seguridad sus posiciones en Africa, podían considerarse sólo valerosos y esporádicos experimentos destinados a encontrar escasa respuesta en el mismo ambiente nativo, en el cual las aspiraciones de libertad aún no eran entendidas y no aparecían acaso pensables en términos radicales de intromisiones de las potencias coloniales. Era aquélla la fase en la cual (cerrada la carrera de las conquistas y los repartos de Africa) la atención de las naciones europeas volvió a los métodos y las fórmulas de administración colonial; en las cuales cada una de ellas trazaba el surco que más respondía a las propias exigencias, la propia mentalidad y el propio programa de porvenir.

Las poblaciones africanas podían establecer además una confrontación entre el sistema colonial francés y el británico, y mostrar agrado hacia uno u otro cuando fuese posible escoger. Así en las ocasiones el Togo alemán, que fué ocupado y dividido por ingleses y franceses durante el primer conflicto mundial, se cuenta de algunos jefes de tribus que desilusionados por haber caído bajo la administración de los primeros realizaron largas marchas a pie para implorar ser unidos a Francia<sup>29</sup>.

El nacimiento de los partidos africanos y su siempre mayor desarrollo en los últimos veinte años merecían un examen circunstancial; sobre todo en consideraciones del hecho de que serán los partidos y los hombres llamados a dirigirlos e influenciar decididamente el camino y las orientaciones de Africa de hoy. Estos partidos y estos hombres siguen, naturalmente, líneas diversas en cada uno de los territorios o grupos de territorios; por cuanto en general se trata de una adaptación de la técnica, los «slogans» y la organización extra-africana a un contexto africano, y es fácil observar cómo esto se desenvuelve de manera diversa de territorio a territorio. En cuanto a los factores de orden netamente africano que se ajustan a la técnica y los medios occidentales (y no escasamente a los métodos propios de la ideología marxista), conviene notar que no obstante el siempre más difundido proceso de destribilización y desgaste de los sistemas tradicionales, las actividades y las manifestaciones de los partidos políticos se resienten con frecuencia de la influencia del ambiente, de la autoridad y los poderes

<sup>28</sup> Hodgkin, Thomas: *Nationalism in Colonial Africa*. Ibidem, pág. 140.

<sup>29</sup> Corvenin, R.: *Histoire du Togo*. Berger-Levrault. París, 1959.



de los jefes de tribus, o directamente de las infiltraciones de sectas secretas o antiguas sociedades de iniciados (Matssuanismo, Kibangimo, etc.) El partido llega a ser en más de un caso expresión de la población o de gran parte de la población, puesto que el sentimiento de fidelidad a la tribu o al clan viene a ser reemplazado por el sentimiento de lealtad al partido y su jefe<sup>30</sup>.

Una sensible diferencia se encuentra también entre agrupaciones de carácter más amplio (diferenciados con los nombres de «Convention», «Congresses», «National Council», «Rassemblement», «Regroupement», etc.) y los verdaderos y propios partidos; mantenidos generalmente unidos por vínculos más estrechos y teniendo una estructura piramidal con un mecanismo referible a límites territoriales más restringidos y mejor definidos<sup>31</sup>.

Se ha hablado mucho de la influencia que el comunismo ha tenido en la evolución de Africa y de la influencia que podrá tener en la orientación y los desarrollos futuros de este continente. Las opiniones y las pruebas aportadas en los debates sobre este argumento figuran entre las más diversas y de más contrastes. Algunas de las fuentes tienden a reducir al mínimo la trascendencia que en los últimos cuarenta años ha tenido el comunismo en los acontecimientos de Africa; otros, a exagerarlos y dramatizarlos.

El haber tratado la cuestión desde los orígenes, siguiendo mano a mano los desarrollos doctrinales y las acciones sobre el plano concreto, me consienten afirmar que el peligro comunista no fué, para el pasado, valuado en menos ni en exceso. El comunismo no se mueve generalmente para la conquista territorial directa, pero hace preceder ésta por la conquista ideológica, y puesto que la conquista ideológica no conoce límites ni confines territoriales, sino que tiene por objetivo la creación de un mundo proletario—esto es, de un mundo comunista—, es evidente que el comunismo ha dirigido inmediatamente su mirada con interés al campo colonial y por consiguiente a Africa. Sobre este continente, como sobre el asiático, el comunismo no formuló un programa mínimo y máximo encaminado a determinadas zonas, sino que estableció extender su programa ideológico a través de una paciente obra de penetración y subversión<sup>32</sup>.

Naturalmente, el plano de acción hubo de tener en cuenta determinados

<sup>30</sup> Decraene, Philippe: *Le Panafricanisme*. Ibidem, págs. 37 y 38.

<sup>31</sup> Hodkin, Thomas: *Nationalism in Colonial Africa*. Ibidem, pág. 146.

<sup>32</sup> Filesi, Teobaldo: *Comunismo e Nazionalismo in Africa*. Ibidem, pág. 368.

factores de importancia, de conveniencia y de adaptabilidad. Así sobre el plano intercontinental la precedencia fué dada a la conquista de Asia, y en el plano continental africano la precedencia fué dada a aquellas regiones septentrionales y meridionales que mejor se prestaban a una penetración comunista por los siguientes motivos: porque presentaban núcleos consistentes de población blanca en medio de los cuales los militantes y los simpatizantes comunistas no escaseaban. Porque la existencia de un cierto equipo industrial, y, por tanto, la presencia de masas proletarias blancas y negras, ofrecía un terreno fértil a la propaganda subversiva sobre todo a través de las organizaciones sindicales de inspiración roja; porque, en fin, la tensión existente entre raza dominadora y raza dominada era susceptible de crear un clima propicio y recoger llamadas de acción revolucionaria y subversiva.

La lucha contra el colonialismo es para Moscú una lucha contra el imperialismo capitalista y, por tanto, contra el Occidente. Las orientaciones programáticas de esta lucha fueron formuladas e inspiradas por el mismo Lenin durante los trabajos del segundo Congreso de la Tercera Internacional y en los congresos sucesivos. Recogidas y desarrolladas después por Stalin en «El marxismo y las cuestiones nacionales y coloniales».

Fácilmente controlable y neutralizable mientras de Africa podía decirse que permanecía aislada del mundo por las fronteras coloniales, la acción comunista ha encontrado siempre más facilitado su objetivo cuando Africa se ha abierto a los contactos con el mundo exterior y ha comenzado a encaminarse hacia la independencia. Entonces los esfuerzos del comunismo se han multiplicado, el método se ha transformado y las iniciativas se han vuelto hacia nuevos sectores, con nuevos y más eficaces medios de infiltración. Este ha hecho ante todo recluta en los nacientes movimientos nacionalistas, alentándolos, sosteniéndolos y mimetizándose en ellos a través de la táctica bien conocida de los «Frentes Unidos». Ha recurrido a las organizaciones de masas directamente controladas y guiadas desde Moscú (Federación Mundial de Sindicatos, Federación Mundial de la Juventud Democrática, Consejo Mundial de la Paz, Unión Internacional de Estudiantes, Federación Democrática Internacional Femenina, etc.). Ha movilizado a los orientalistas y los estudiosos soviéticos como instrumentos de interpretación del mundo natural, de la historia y las culturas africanas en función política. Y ha formulado un vasto plan quinquenal de estudios dedicados a Africa. Por último, ha recurrido al eficaz y hábil sistema de las ayudas y la asistencia económica, aparentemente no subordinadas a ningún compromiso o hipoteca de carácter político.

El papel del comunismo en la transformación de Africa ha sido en estos decenios más un papel de disturbio e incubación que de abierta y orgánica ofensiva. Más peligroso se presenta para el porvenir, teniendo también en cuenta la retirada de las naciones administradoras europeas; el siempre más difundido proceso de industrialización; el creciente fenómeno del urbanismo; la organización sindical desde ahora en pleno desarrollo, y las posiciones polémicas de algunos nuevos Estados africanos, como por ejemplo, Guinea. Mucho influirá en cada caso aquello que sabrá hacer el Occidente para conservar y probablemente consolidar—sobre un plano de colaboración «inter pares»—los vínculos con las nuevas entidades estatales. Y de cómo estas nuevas entidades estatales sabrán organizarse y adquirir el crédito necesario.

Otro factor de indudable importancia en la evolución política de Africa puede considerarse el sindicalismo, que si bien de reciente formación en el sentido verdadero de la palabra, ha sido en unos sitios sostén y en otros sitios inspiración de los movimientos nacionalistas<sup>33</sup>. Aun cuando puedan encontrarse huellas y noticias de huelgas y de organizaciones no sólo en las regiones septentrionales y meridionales, sino también en Rhodesia, en Sierra Leona y en Africa francesa desde 1919-1920, se puede decir que un efectivo desenvolvimiento sindical sólo se tiene en Africa durante el segundo conflicto mundial y después<sup>34</sup>. El rápido crecimiento de estas organizaciones ha provocado incluso cierta confusión, derivada sobre todo de los esfuerzos y las aspiraciones no escondidas en los africanos de liberarse de la influencia de las dos grandes organizaciones sindicales extrafricanas (la Confederación General del Trabajo, de tono marxista, y la anticomunista Confederación Internacional de los Sindicatos Libres), y de dar vida a un sindicalismo africano independiente.

Al lado de estos factores deberían considerarse también aquellos dependientes de la particular función y la particular actitud de las Naciones Unidas, transformadas en más de un caso en una verdadera y propia tribuna del anticolonialismo, y de la particular dirección y no siempre lógico comportamiento de las naciones coloniales en particular y del Occidente en general. Esto nos conducirá, sin embargo, sobre el plano de la crítica histórica y automáticamente, a la celebración de aquel proceso a Europa (y

<sup>33</sup> *Le Travail en Afrique Noire*. En «Présence Africaine». Editions du Seuil. París, 1952.

<sup>34</sup> Hodgkin, Thomas: *Nationalism in Colonial Africa*. Ibidem, pág. 124.

no a Europa solamente) que ya otros han celebrado con riqueza de argumentos y con racional vivacidad.

### *El redescubrimiento de Africa.*

Antes que nosotros, generaciones de historiadores, de juristas, de internacionalistas, se han dedicado con pasión y con sutileza a formular doctrinas y definir instituciones, a crear una casuística apta para encuadrar y dar una interpretación, una reglamentación, al fenómeno colonial. Ellos clasificaron las colonias en colonias de población y de aprovechamiento, de comercio y de plantaciones militares y penales. Distinguieron exactamente las posesiones coloniales o dominios directos, los protectorados coloniales; los protectorados internacionales; las concesiones en administración o en arriendo, las zonas de influencia y las zonas de intereses. Escribieron innumerables tratados sobre los modos de adquisición; sobre la naturaleza y los requisitos de la ocupación colonial. Fué una contribución amplia y preciosa en la cual se empeñaron algunas de las más brillantes inteligencias; sin embargo, desde ahora todo esto debe considerarse superado para siempre por un mundo en el cual el objeto de tales doctrinas no encuentra ya puesto, y no parece destinado a encontrar más.

En la moderna sociedad internacional, cualquier forma de sujeción, de protección, de influencia, de limitación de las esferas de soberanía y libertad, parece llegada a ser simplemente inadmisibles. Los tiempos se aceleran para dismantelar todo aquello que aún resiste del pasado. Sin preocuparse y sin tener siempre la posibilidad y el tiempo de construir cualquier cosa sólida y funcional en su puesto, la demagogia tiene precedente sobre la sociología, sobre la economía, sobre la etnología.

La falta de conformidad de los africanos aparece como la concentración de siglos de silencio y resignada aceptación de un estado de inferioridad generalmente proclamado. Durante siglos, y sobre todo en los tiempos más vecinos a nosotros, sólo restringidísimas élites nativas han podido alcanzar el formarse en la cultura de los propios tutores. Hoy los «leaders» políticos, que son generalmente la derivación directa de aquellas élites, sienten en su acción cotidiana el drama de quien tiene una conciencia y un alma culturalmente francesa o anglosajona, y es (en vez de eso) ontológicamente yoruba, ibo, dankali, fanti, fula, xosa, kikuyu o malgache<sup>35</sup>. Ellos desea-

<sup>35</sup> Rabemananjara, J.: *Les fondements de notre unité tirés de l'époque coloniale.*

rían rechazar aquella misma cultura que han asimilado para no sentirse eternamente prisioneros; querrían superar la fase de imitación de los valores culturales y el sistema de vida europeos, para descubrir y reafirmar —a veces con una decisión que sabe de revuelta— sus propios valores históricos, religiosos, culturales, étnicos, tradicionales.

Sin embargo, para hacer todo esto ellos deben aún expresarse en la lengua de los tratados de «usurpadores»; deben servirse con poco término de diferencia de las mismas armas usadas en su tiempo por los nacionalistas metropolitanos para la independencia de los propios países; deben reivindicar en términos accesibles a los europeos aquello que ya fué reivindicado por los europeos. La aspiración de Africa no es acaso tanto la de liberarse materialmente de Europa (lo cual, por otra parte, se está efectuando sin demasiada resistencia) como aquella de desvincularse espiritualmente para redescubrirse a sí misma: una liberación del alma más que del cuerpo.

El paso desde la etapa de la colonización a la de la descolonización podrá fácilmente efectuarse asegurando la permanencia de provechosos vínculos para el porvenir, si ambas partes en causa pueden concordar los términos y las fórmulas de la emancipación (las negociaciones franco-malianas y franco-malgaches son el ejemplo más reciente). Una decisión unilateral suscitaría en los africanos más la idea de la imposición que de la cooperación. También una independencia impuesta puede dejar descontentos a los beneficiarios de la independencia misma <sup>36</sup>.

Europa ignora frecuentemente las vicisitudes y los aspectos de un pasado que ensancha los corazones de los africanos. Alzados los cortinajes de este pasado, la raza negra ha vuelto a descubrir los antiguos símbolos; ha vuelto a encontrar el Africa precolonial de los fabulosos imperios de Ghana, el Mali y el Songhai con sus legendarios condottieros: Sundiata, Mausa, Soni, Al, Asia el Grande <sup>37</sup>. Europa no puede ignorar este estado de áni-

---

En «Présence Africaine». Deuxième Congrès des écrivains et artistes noirs. Tome I, febrero-marzo, 1959.

<sup>36</sup> Aujoulat, Louis Paul: *Aujourd'hui l'Afrique*. Costerman. Tournay. París, 1958.

<sup>37</sup> Labouret, Henri: *Histoire des Noirs de l'Afrique*. Presses Universitaires de France. París, 1950.

Suret-Canale, J.: *Afrique Noire Occidentale et Centrale*. Editions Sociales, París, 1958.

Graft-Johnson, J. C. de: *The Story of Vanished Negro Civilisations*. Watts Co. Londres, 1954.

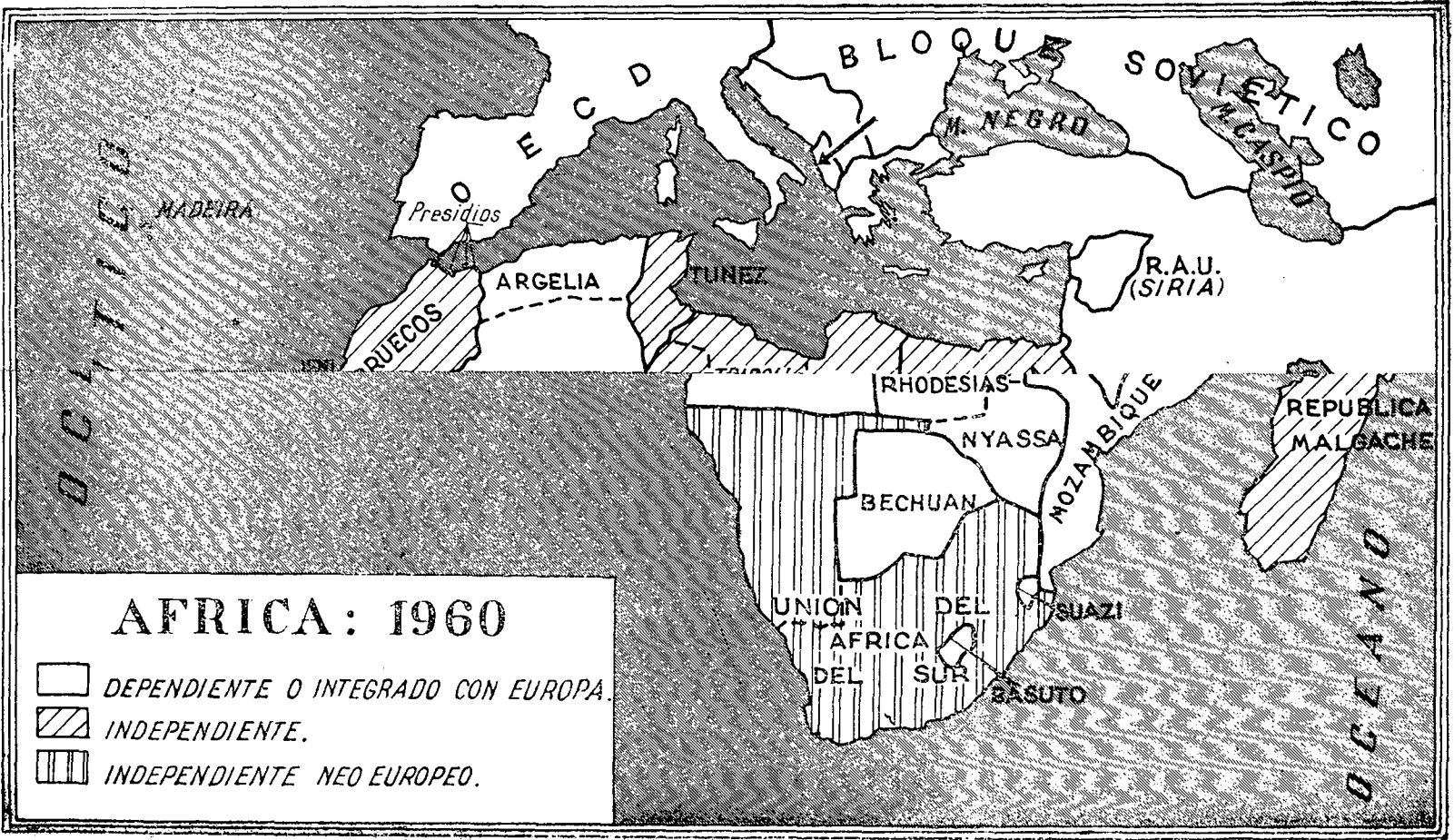
mo, pero no debe, al mismo tiempo, llegar a ser víctima. Sería absurdo pensar hoy sólo en términos de anticolonialismo, así como ayer se pensaba sólo en términos de colonialismo; comenzar a ser subyugados por un «complejo de Africa» después de haber sentido e impuesto el «complejo de Europa».

La emancipación de un continente no debe absolutamente sonar como una derrota para ninguno, pero puede sonar al contrario como victoria para todos. En estos dos últimos decenios han cambiado las economías y las colonias han perdido enteramente su función tradicional para la madre patria. La independencia concedida a una colonia no asegura para ella la prosperidad, lo mismo que no trae la ruina para la metrópoli. Se puede decir, al contrario, que las dificultades mayores en el plan económico surgen para las colonias emancipadas mucho más que para las naciones que las poseían. Desde ahora hemos entrado decididamente—como afirma R. Vermont—en la era en que la verdadera riqueza de las naciones (a diferencia de cuanto podía verificarse en régimen mercantilista y en la primera fase capitalista europea) reposa siempre menos sobre los recursos naturales o las materias primas, y siempre más sobre la técnica y el valor de los agentes económicos. La ciencia rompe hoy los monopolios de la Naturaleza<sup>38</sup>.

Los socialmarxistas que siguen repitiendo que el atraso del continente africano ha de atribuirse al colonialismo y que la desaparición de éste dará automáticamente a dicho continente el bienestar, deberán convencerse (aunque no lo admitan públicamente) de que su concepción tenía bases simplemente propagandísticas, pero era un error sobre el plano concreto.

Superada la fase de exaltación nacionalista de la independencia, las nuevas entidades estatales africanas habrán, naturalmente, de afrontar problemas y necesidades que refrenarán mucho los arrebatos iniciales. Aun cuando en teoría el primer impulso para el desarrollo de un país debería provenir del interior del país mismo, el hecho es que un proceso de aceleración productiva y elevación del nivel de vida sólo podrá realizarse en aquellos territorios con el concurso de los capitales y la técnica de las naciones industrializadas. Este concurso no faltará ciertamente a Africa. De un lado, los países comunistas están buscando suplantar al capitalismo occidental a través de la penetración económica que se resuelve después en una presencia política; de otra parte, los Estados Unidos se esfuerzan para

<sup>38</sup> Vermont, R.: *Europe-Afrique: Associés ou Etrangers?* En «Europe-France-Océan», núm. 362, enero 1950.



neutralizar tal acción con la propia intervención directa. Entre tanto, entre los dos grandes antagonistas Europa busca mantener, en forma diversa, aquellos lazos que en el pasado la han unido a Africa.

El Occidente posee, naturalmente, medios y posibilidades no inferiores a aquéllos del mundo comunista para obrar en relación con las áreas subdesarrolladas de Africa y la colaboración económica y técnica europea en particular podrá realizarse sobre un plano comunal gubernativo y privado<sup>39</sup>. Añadiré que a diferencia del sistema comunista, en el cual la iniciativa privada no sólo es imposible, sino condenable, en el sistema capitalista la iniciativa no sólo es posible, sino fundamental. Es éste, en nuestro criterio, el punto de mayor fuerza de Occidente en Africa, en confrontación con el bloque comunista.

### *Presente y porvenir de un continente.*

Se va repitiendo por todas partes que 1960 es el año de Africa. El 1960 no es, en efecto, más que la lógica consecuencia de aquello que desde hace algunos decenios hemos permitido que los africanos quisiesen.

Hubiéramos podido—cuando nos dimos cuenta de la brecha inconscientemente abierta en el dique—correr a repararlo tratando de frenar la salida de las aguas con medidas de urgencia. Pero hemos creado sólo fracturas irreparables para el porvenir.

El camino de Africa es un camino acaso forzado e ilógico, pero es de ahora en adelante un camino fatal, secundado y no contrastado por los comunes intereses. Que la Carta del Atlántico y la Carta de San Francisco hayan, en teoría, legitimado este camino es un dato de hecho incontrovertible. Así también debe considerarse en la práctica como un hecho determinante el de que hasta los territorios africanos que fueron administrados por Italia hayan abierto el ciclo de las independencias de este continente.

Las Naciones Unidas, encargadas de decidir la futura suerte de las ex colonias italianas, fijaban precisamente en el 1 de enero de 1952 la independencia de Libia (la fecha efectiva fué después del 24 de diciembre de 1951), y en el 15 de diciembre de 1952 la independencia de Eritrea (efectivamente, la firma del emperador de Etiopía que daba vida a la Federación Etiópico-Eritrea fué puesta el 22 de septiembre de 1952). Sobre las

<sup>39</sup> Magliano, Mario: *I paesi sottosviluppati*. Ediz. Cinque Lune. Roma, 1959, página 31.



trazas de este importante precedente, las aspiraciones políticas de África adquirieron inmediatamente fuerza y determinación. El 1 de enero de 1956 llegaba a ser independiente el Sudán, y de allí a algunos meses Túnez y Marruecos, seguidos, el 6 de marzo de 1957, de Ghana, y el 2 de octubre de 1958, de Guinea. Pero, efectivamente, será 1960 el que abrirá de par en par las puertas de la independencia de África. Camerún, Togo, el Congo belga, la Federación del Mali (con Senegal y Sudán occidental), Madagascar, Somalia italiana, Somalilandia, Nigeria, Sierra Leona y la Unión Ecuatorial (República centroafricana, del Gabón, del Congo y el Chad), con un total de casi 70 millones de africanos, tocarán este año el ámbito máximo, llevando así a 160 millones, sobre un total de 230, el total de africanos incluidos en el círculo de las relaciones internacionales.

De la realidad de esta nueva África (plena de faltas de compensaciones, de paradójicas desarmonías, de peligrosas ambiciones, pero también rica de aportaciones, de recursos y energías regeneradoras) se puede tener una idea asomándose a esos territorios; visitando sus centros; estudiando sus planes de desarrollo; conociendo a sus hombres más representativos. Una visión del Sahara industrializado; de las grandes presas hidroeléctricas; de las instalaciones de Fría, Edea, Bomi, Hills, Marampa, Jos, y los distritos mineros del Katanga, del Copperbelt, de Sudáfrica. Una visión de los centros urbanos netamente africanos, como Lagos, Accra, Abiyán, Conakry, o con entonación más acusadamente europea, como Dakar, Leopoldville, Luada, Salisbury, Nairobi; con sus modernos edificios públicos, sus servicios sociales, sus grandes mercados, sus centros universitarios y de tecnología. Un contacto directo con los *leaders* que tienen en sus manos las máximas responsabilidades de gobierno, son el modo de comprender y dar crédito a África.

La construcción de este continente no será facilitada por la independencia; esperemos que no sea complicada por ella. Todos los hombres políticos africanos pueden considerarse como genuina expresión de un nacionalismo o de «africanismo» más o menos definidos, incluso si en algunos de ellos este concepto aparece ya superado por más amplios diseños de asociaciones de carácter regional o panafricano. Las actitudes y las fricciones entre estadistas africanos de lengua francesa y de lengua inglesa, y las divergencias que se hallan entre los mismos estadistas de lengua francesa o de lengua inglesa (sean fruto de ambiciones o de con-

vicciones personales) demuestran ya bastante que las fuerzas centrífugas no son menos evidentes que aquellas centripetas<sup>40</sup>.

No debe por otra parte olvidarse que la futura estructura política del continente africano dependerá en gran parte de la solución que se sabrá dar a uno de los más graves y delicados problemas que acucian a Africa: aquel de las relaciones raciales. Areas uniraciales (o totalmente africanas) y áreas pluriraciales (habitadas por consistentes núcleos no africanos), han llevado a direcciones integracionistas—o sea de colaboración racial—o separatistas—o sea de neta división entre raza de color y raza blanca—<sup>41</sup>. Una justa aplicación de la fórmula del «partnership» podría conducir a una política pluriracial de felices desarrollos; aunque será árduo conciliar los intereses de las minorías blancas con las aspiraciones de las mayorías africanas. La aplicación del *apartheid* se presenta en cambio cargada de dramáticas incógnitas.

La colonización ha hecho conocer a los africanos bienes y males de los cuales ellos sienten hoy la necesidad, lo mismo que nosotros. Habiendo nosotros desorganizado su sociedad tradicional, no debemos negarles aquello que como consecuencia se ha derivado. Las potencias coloniales originando crisis en las tribus han creado la idea de alguna cosa más vasta que habrían podido ser las naciones. Si los africanos no hubiesen sido destribilizados no habrían nunca llegado a ser nacionalistas; si no les hubiéramos dado el aeroplano, el tren, la nave, la radio, la prensa, la idea del partido, ellos no habrían podido darse cuenta de cuanto existía más allá de su aldea. Entrar en contacto con otros países y adquirir conciencia del peso de Africa, coaligarse con hombres políticos lejanos; con organizaciones africanas, con amigos sinceros y amigos peligrosos.

La colonización ha sido el agente que ha «puesto el contacto» entre el mundo africano y el mundo occidental. Si este contacto ha tenido manifestaciones desproporcionadamente dinámicas, no es culpa de los africanos; y por lo demás ellos mismos podrían ser los primeros en pagar el escote de este explosivo despertar.

No obstante las actitudes polémicas y las requisitorias frecuentemente

---

<sup>40</sup> Filesi, Teobaldo: *Il quadro politico dell Africa d'oggi*. En «Aspetti e problemi dell Africa d'oggi», Istituto Italiano per l'Africa. Roma, 1959.

<sup>41</sup> Munger, E. S.: *Geography of sub-Saharan race relations*. En «Africa Today». Haines Baltimore, 1955, pág. 176.

virulentas con las cuales los africanos gratifican hoy a Europa, no faltan por parte de estos mismos teorizantes del nacionalismo, reconocimientos sensatos del papel positivo del colonialismo. «Nosotros hemos visto (escribe Ndabaningi Sithole) que el colonialismo ha dado a Africa una nueva vigorosa dirección industrial; una nueva conciencia social e industrial; una nueva manera de organizarse y de hacer las cosas; nuevas especializaciones; nuevos puntos de vista, nuevos sueños y nuevos horizontes. Ha creado un nuevo clima y un nuevo ambiente; ha borrado muchas barreras y divisiones tribales, lingüísticas étnicas. Ha sido el primer artífice de la unificación de las tribus africanas, allí donde las divisiones tribales constituían un elemento de debilidad más que de fuerza. Ha llevado a Africa sobre el escenario internacional haciendo de ella un elemento extremadamente útil si puede mantener el paso con el resto del mundo. Las potencias coloniales europeas deberán ser ampliamente elogiadas y recibir gratitud por la obra que han realizado al ayudar al nacionalismo africano a venir a la luz. Sólo un ciego podrá no reconocer que el colonialismo ha fertilizado y estimulado, ha dado vigor y forma al nacionalismo africano. Dicho nacionalismo africano del siglo XX, es en realidad la criatura del colonialismo europeo»<sup>42</sup>.

Hace sesenta años, Africa era todavía el continente hacia el cual nuestros padres se sentían atraídos por la fascinación de la conquista y del misterio. Hoy casi todo aquello que entonces fué conquistado ha sido devuelto; y no hay nada de misterio más que las incógnitas que acumula el futuro sobre todos los continentes, y con más fuerte razón sobre el más joven de todos esos continentes.

Esforzándonos para penetrar un poco en el porvenir (concluía yo en mi «Comunismo y Nacionalismo en Africa»), nosotros no hacemos en el fondo más que teorías. No ponemos juntos más que conceptos que nos parecen lógicos, y que ante la prueba de los hechos podrían revelarse como del todo ilógicos.

Acaso será precisamente el peligro del comunismo el que endrece Africa sobre la vía justa; para solicitar la creación de una Confederación euroafricana, de un Commonwealth euroafricano, o de una Comunidad de Estados Unidos africanos asociados a una Comunidad de Estados Unidos europeos. Quizás sólo se alcancen entendimientos bilaterales, o se formen asociaciones de carácter regional; o quizás la ruta del Africa del Norte no

<sup>42</sup> Sithole, Ndabaningi: *African Nationalism*. Ibidem, pág. 74.

sea la misma que la del Africa tropical o aquella de Sudáfrica. Acaso no se verificará ninguna de estas hipótesis y Africa será un mosaico de Estados con orientaciones y preferencias diversas; y es posible que las razas se encuentren o que prosigan sus vías paralelas sin encuentros ni choques<sup>43</sup>.

Auguremos sólo que en este animoso y rápido—aunque no siempre claro—camino de los africanos hacia las fuentes del progreso y las conquistas materiales, los valores morales que siempre han impregnado su vida y su poesía sufriente, no sean olvidados y descuidados hasta el punto de hacerles conocer la tristeza de la libertad después de la tristeza de la esclavitud.

Auguremos que Africa negra, tierra de la simplicidad y la cordialidad pueda—según dice Houphouet Boigny— «llegar a ser un día el continente de la conciliación general».

TEOBALDO FILESI.

Roma, 26 abril 1960.

---

<sup>43</sup> Filesi, Teobaldo: *Comunismo e Nazionalismo in Africa*. Ibidem, págs. 327-328.